

EL ARCHIVO DE LA PALABRA: HACIA UNA HISTORIA DE MASAS

EUGENIA MEYER
Archivo de la Palabra

La historiografía contemporánea de México plantea características bien definidas a partir del proceso democrático-burgués que fue la revolución de 1910: marcada dependencia oficial, control ideológico y narrativa eminentemente política, carente de método científico. De allí quizá la necesidad fundamental que tiene el investigador de volver a tomar ese hilo del pasado basándose en otros recursos, aunque sin despreciar los ya existentes, buscando nuevas fuentes que enriquezcan la posibilidad de análisis cuantitativo y cualitativo de nuestro proceso histórico.

Esta necesidad ameritaba un rigor y una disciplina metodológica, que dieron como resultado lo que hoy es el Archivo de la Palabra: un departamento del Instituto Nacional de Antropología e Historia cuyo objetivo es el rescate de historias de vida, narraciones autobiográficas que, cargadas con toda la subjetividad de quien relata su existencia, discriminan ciertos recuerdos, marcan otros con elementos de parcialidad, pero permiten escuchar de viva voz las experiencias que conforman la realidad presente. Luego, como planteamiento institucional, el rescate no es la meta única, sino que principalmente se pretende confrontar y evaluar dichos materiales, así como hacer el análisis propiamente histórico de nuestro devenir.

Es indudable que todo investigador prefiere contar ya con los materiales, y no tener que lanzarse a la larga y tediosa tarea del rescate,

que exige una enorme cantidad de tiempo y de elementos de tipo material y financiero, no siempre accesibles. Sin embargo, el Archivo de la Palabra ha tenido que sacrificar, de cierta manera, la satisfacción que en sí representa este análisis final, anteponiendo a su logro la mayoría de las veces la tarea inminente, y necesaria, de lanzarse al campo, grabadora en mano, para salvar esos testimonios, susceptibles de una pérdida irreparable. No cabe aquí hacer referencia a la forma, al método inherente a la historia oral y a sus implicaciones en el ámbito propiamente histórico; de ello nos hemos ocupado en otras ocasiones. Sin embargo, cabe advertir que, de una tecnología anglosajona con la que iniciamos nuestro trabajo de rescate hace ya algunos años, se ha venido desarrollando una metodología, creemos, más adecuada a la idiosincrasia latinoamericana. Si bien se partió de una base similar, advirtiendo que en los Estados Unidos de América la historia oral, practicada y generalizada a partir de los sesentas, la realizan todo tipo de personas: historiadores, periodistas, bibliotecarios, meros aficionados y amas de casa, en México se ha insistido en la necesidad de que el científico social sea quien efectúe esta tarea, teniendo siempre en mente la formación y conformación de un marco teórico y una hipótesis de trabajo bien estructurada.

Cabría incluso advertir que de esta praxis ha surgido toda una corriente acorde con las especificidades y el quehacer iberoamericano. Así, Venezuela, Brasil, Perú, Cuba y México se aproximan hoy día a la salvaguarda de los testi-

Francisco Villa y Emiliano Zapata en el Palacio Nacional de la ciudad de México (1914)

monios históricos de una manera unificada, de acuerdo con nuestra ideología. Y aquí está sin duda el meollo de la cuestión. ¿A quién entrevistar? ¿De quién obtener información? ¿Para qué propósitos? Si se da respuesta a estas tres interrogantes quizá pueda entenderse con mayor claridad el propósito último que anima al Archivo de la Palabra.

Partimos de la idea de que el uso de la historia oral y su aplicación a las élites (políticas o económicas) lleva a una mayor manipulación de los datos, propiciada por la sofisticación que da la lectura, la cultura, y por ese interés de las clases en el poder, esa "experiencia" de saber hablar en público, de haber sido entrevistado periodísticamente, etcétera, y que implica, de cierta manera, la necesidad que sienten estos hombres de explicarse, justificarse y mantener una imagen pública acorde a sus intereses. Por el contrario, la preocupación vital de subsistencia mantiene al hombre común, al pueblo mismo, al margen de ese juego tenebroso que puede llegar a ser el maniqueísmo histórico, y precisamente por su falta de contaminación o saturación ideológica, puede proporcionar una versión menos deteriorada de la "verdad", entendida siempre como subjetiva y parcial, porque la carga socioeconómica de cada individuo, sus intereses de clase, su papel dentro de la sociedad, no pueden dejar de considerarse en todo este proceso. La experiencia nos ha mostrado que son estos hombres y mujeres quienes enriquecen considerablemente las posibilidades del historiador, en cuanto fuentes primarias que permiten, en última instancia, un análisis más objetivo de causas y efectos, posiciones y posturas ante una realidad, "su realidad" en el discurso social de su tiempo.

Integrados la hemerografía, la bibliografía y otros recursos, como pueden ser los archivos oficiales y privados, el cantar popular, la fotografía y el cine, se podrá proceder a un análisis más profundo y quizá también más apegado a la realidad de la etapa histórica que se trate.

De ahí el planteamiento del Archivo de la Palabra: una historia de "masas", basada en la información de campesinos y obreros, y no de representantes de una oligarquía o de la oligarquía en el poder.

Se acepta que son los hombres los que

hacen la historia, pero en condiciones muy específicas, por lo que el interés fundamental que este tipo de rescate presenta es la necesidad de conocer las condiciones materiales de existencia, sus relaciones, su comportamiento y actitudes en un momento determinado.

Sin duda se acepta, como bien dijo Arnaldo Córdova, que en un país como el nuestro "*los campesinos muchas veces proporcionan el material humano, las masas con que se libran las luchas revolucionarias, pero jamás son capaces de proporcionar ni el programa, ni la ideología, ni la dirección política de ninguna revolución. . .*"*

Y sin embargo, de ahí surgen los dirigentes integrados a la lucha, que la explican como expresión de una fuerza, mientras que esas élites de las que se hablaba anteriormente permanecerán, por lógica, alejadas de las masas.

De la narrativa propia de aquellos que integran las masas se pretende —y hasta el momento con buen éxito— rescatar esa serie de condiciones dentro de las estructuras económicas y de las infraestructuras ideológicas y jurídico-políticas, con las cuales quizá se pueda presentar una interpretación diferente del proceso histórico mexicano durante este siglo.

Es indudable, claro está, que de cierta manera la "validez" del método de historia oral está aún por probarse. Sin embargo, consideramos que descubre y propone nuevas dimensiones que tal vez conduzcan a la posible transformación del tema en su totalidad.

Quizá el valor intrínseco de estas historias consista precisamente en que contribuyen en forma considerable a la historia, y en especial a la historia social, porque la información está dada precisamente desde el punto de vista del campesino y del obrero.

Hay en todo ello una serie de preocupaciones, como ya se advirtió. No se trata simplemente de presentar el hecho histórico aislado y particular, sino de entender las circunstancias, relaciones y contradicciones que se dan en las estructuras. Existe también una honda preocupación por las actitudes humanas que generan factores de perdurabilidad.

*Arnaldo Córdova, "México: revolución burguesa y política de masas", en *Cuadernos Políticos*, Ediciones Era, México, Julio-septiembre 1977, Núm 13, p 91.

Es pues ésta una historia “herramienta”, que enriquece la capacidad de comprensión y de crítica, que supone una participación activa, de quien historia (historiador—entrevistador) y de quien es historiado (el testigo presencial del acontecer).

Aquí el historiador deja ese papel distante y pasivo, a veces incluso poco comprometido, que se reduce a registrar hechos y datos del pasado, para contribuir activamente a descifrar y entender las realidades concretas, las posibilidades del futuro y quizá participar en la transformación de su sociedad.

Tanto en el caso de los campesinos como en el de los obreros, se ha manipulado su historia y sus fuentes; pocas veces se les ha dejado hablar, y mucho menos se les ha escuchado. De allí la necesidad e importancia de esta historia de masas.

Cierto es que con la documentación recabada se puede caer en diferentes tipos de análisis históricos e incluso argumentar que el historiador es finalmente quien “usa” y despoja a las masas de su información, así cruel y fríamente expuesto. Sin embargo, construir una historia de masas con base en la información proporcionada por ellas es un riesgo que hay que correr.

Por tanto, se incluye aquí lo que podría definirse como una reconstrucción, casi un postulado autobiográfico, de los trabajadores del Norte —campesinos, vaqueros y obreros rurales. Este ejemplo implica, en su aspecto medular, las posibilidades de ver y observar ese su mundo a través del prisma de sus propias vidas, que el material ya escrito, bueno o malo, profesional o espontáneo, pero siempre ajeno y distante para ellos, no logra.